

LITERATURA DE FRONTERAS Y FRONTERAS DE LA LITERATURA*

Alberto González Troyano

Universidad de Cádiz

La literatura crece a veces en territorios diáfanos, bien determinados, asentados bajo una bandera fija y concreta. Pero si se realiza un recorrido por su historia se percibe pronto que no existe mejor campo para su cultivo que esas zonas en las que cabe adentrarse con una cierta sospecha, al no conocerse bien quién las domina, a qué reino pertenecen.

Si se piensa, por ejemplo, en una serie de personajes tan significativos del mundo de la creación como La Celestina, el pícaro, don Quijote, don Juan o Carmen, se comprende pronto que no es fácil encajarlos en el mundo de la normalidad. No son típicos representantes de un estamento social, ni campesinos, ni nobles, ni religiosos, ni burgueses, ni médicos, ni maridos, ni ejercen ninguna labor *institucionalizada*, aceptable por la moral establecida en cada uno de los momentos en que surgieron. Su interés literario parece residir más bien en la dificultad existente para situarlos, al escapar a los encasillamientos sociales habituales.

Sin embargo esos personajes están literariamente cargados de atractivo. O puede, incluso, que la raíz de su atracción recaiga precisamente en su anormalidad, en que viven y actúan un tanto al margen de las convenciones de la mayoría. Transgreden normas que los

* Este texto recoge en parte una intervención oral en el Seminario "En torno al problema de las fronteras", organizado por la Universidad de Cádiz en Julio de 1990.

demás se ven obligados a respetar y esto provoca que la parte insu-
misa que todo lector lleva dentro se identifique con sus actitudes, y se
ofrezcan así literariamente tentadores.

Este mismo esquema rudimentario podría trasladarse y proyec-
tarse sobre algunas de las múltiples visiones que desprende la pala-
bra *frontera*, tan cargada por su propia inestabilidad geográfica, histó-
rica y cultural, de resonancias simbólicas.

El hombre ha sido obligado casi desde siempre a asumir un
territorio único como propio, a ser súbdito de un estado, a ser conoci-
do por un nombre, a ejercer una profesión, a manifestarse como
representante de un sexo, de un estado civil. Y consustancial con ello
es la casi imposibilidad de escapar a esa fijación, a esa determina-
ción.

Como mucho podría ser capaz -tras serias dificultades- de des-
plazarse de un territorio a otro, de elegir otro nombre, otro cargo, pero
volvería a estar sometido a un nuevo dominio, aunque fuese distinto
al de antes.

Un cierto despotismo en parte exterior y en parte ya interioriza-
do -debido a la presión de muchos siglos- obliga al ser humano a
sedentarizarse bajo una única opción territorial y consecuentemente
social.

Sin embargo en muchos -en unos de forma más consciente, en
otros de forma más inconsciente- anida el deseo de escapar a esa
fijación determinante. Deseo que se hace tanto más trágico cuanto
más se reconoce la imposibilidad de la huída. Pero aunque se reco-
nozca ese destino trágico, algunos más rebeldes (a los que se resig-
nan y acomodan no es necesario aludir) proyectan su ilusión sobre
alguna posibilidad de escape, aunque sólo sirva para el reino de lo
imaginario.

Y esa ilusión puede revestir la forma de un territorio que por su
propio concepto fuese la negación del concepto de territorio. Y ese
lugar *no lugar* podría ser la frontera: límite teórico en el que acaba el
dominio de un territorio y aún no ha empezado el dominio del otro.

Concebido así, es lógico que el término frontera se haya carga-
do de un cierto prestigio simbólico. En su *fisura* era posible dejar de
tener uno atributos sin haber por ello asumido todavía otros. Juega en

ese aspecto, pues, la frontera una función de referencia, ya que a medida que uno se aproxima a ella, desde su propio territorio, se está dejando de ser algo de ese territorio para ir adoptando algo del territorio vecino.

Se puede recordar también de la frontera momentos y épocas en las que frente a la tendencia a determinar los territorios, las zonas fronterizas quedaban expuestas a variaciones, implicando ello la posibilidad de difuminar los contornos. Piénsese a este respecto en lo sucedido durante las luchas entre castellanos y árabes por la posesión de la península ibérica.

Como consecuencia de que los conflictos culturales, sociales y religiosos, obligaban a identificarse de forma radical con una u otra manifestación, surgía un tipo de *gente de frontera* capaz de crear un mundo ambivalente propio, una especie de tercer estado simbólico que repudiaba ser la mera confluencia de fuerzas antagónicas y el tener que optar por una sola opción entre ellas. Situaciones históricas de ese tipo se han dado, y en el caso español han sido estudiadas por Mata Carriazo, mostrando que al margen de las guerras granadinas se crearon reductos, en los que reinó la equidad y la benevolencia, resultado de haberse constituido, aunque sólo fuese transitoriamente, una *tierra de nadie*.

La violencia de los conflictos y de los contrastes es lo que debió obligar a los más conscientes de lo que de forzado implicaban las actitudes dominantes - o los más dañados por ellas- a provocar pausas de vacío, en las que nadie ganaba o nadie se imponía. Y al amparo de esa tierra de nadie surgieron figuras representativas de esa especie de gente de frontera, con hábitos y mentalidades específicas, originadas por el rechazo a los cambios súbitos de amo, de dios, de leyes, de concepciones de la vida.

Se fraguó de esta manera en lo real o en lo imaginario, una visión de la frontera como una forma de existencia, una forma de conducta, que unas veces podía optar por una opción propia o bien era lo suficientemente permeable como para asimilar voluntariamente rasgos de una o de otra de las culturas de las tierras colindantes. Piénsese, por ejemplo, en las posturas adoptadas en ciertas situaciones por tipologías como la del mudéjar o la del mozárabe.

Posiblemente estas zonas de apaciguamiento, estas maneras de escapar a los déspotas respectivos de uno y otro lado, han podido ser más teóricas que reales, pero hayan existido o no, lo significativo es que esa posibilidad haya calado en la memoria colectiva, y que consecuente con ello la frontera haya dejado de ser únicamente el *paso* de un dominio a otro, recubriéndose del prestigio de poder ser un punto crítico desde el que descubren nuevas perspectivas para cosas que aparecían como cerradas, o incluso un lugar privilegiado en el que se puede vislumbrar un nuevo destino.

La mejor fuente para comprobar esa función ejercida por la frontera puede ser la literatura, dominio de lo imaginario, que actúa como un gran filtro selectivo, que elige y evoca a sus tipos sólo cuando una determinada necesidad social les permite calar suficientemente en la mentalidad de los pueblos. Y dentro de la literatura resulta todavía más significativa esa literatura popular, de autoría anónima, que se transmite de un público a otro sólo cuando aquello de lo que habla, aquello de lo que da cuenta, alude muy directamente a un problema compartido. Es esta la literatura que se expone sobre todo en los romances de transmisión oral, en los pliegos de cordel, en los romances de ciego.

Esas obras están plagadas de figuras que si se descomponen sus rasgos y se analizan sus atributos coinciden en gran parte con los de esos personajes que se han denominado gente de frontera. Al tratarse de obras de creación colectiva, inmersas en una cadena de autores anónimos, sólo se conserva y transmite lo que encarna una opinión colectiva. Y así, frente a los guardianes pretorianos, a los nobles y burgueses asentados, y a los administradores sedentarios de la cosa pública, en ellas circulan como protagonistas los proverbiales burladores de los límites de las tierras y de los dominios de los otros: el bandido generoso, el contrabandista perseguido, el guerrillero espontáneo, el insumiso por ideales, o el simple excéntrico por desafío.

Es perceptible la sintonía simbólica que se establece entre este género de obra y las acepciones que se han ido exponiendo del término frontera. En este tipo de romance popular y anónimo la capacidad creadora colectiva reforma, añade, altera y se permite dar las interpretaciones que en cada momento y situación se prefiera. Permite actualizaciones, arreglos, captaciones circunstanciales de lo inesta-

ble. El texto que se transmite, igual que acontece con un cierto sentido de frontera, no pertenece a nadie: existe conciencia de que se puede manipular, igual que la frontera se puede transgredir.

Convertidos, pues, esta gente de frontera en símbolos de desafío y rebeldía, como una medida de reacción ante las actitudes represivas de los dominadores de territorios, lo importante no es tanto valorar su realidad como considerar su función en el mundo de lo imaginario como sublimación, como forma de crear un contrapunto sobre el que volcar las necesidades que la gente siente.

Respecto a los atributos de estos personajes y a las peculiaridades que los configuran es evidente que no pertenecen al estatuto de la normalidad. Como la Celestina, como don Quijote, como el pícaro, como don Juan o Carmen -aunque no tengan un autor célebre tras ellos- también rechazan la fijación de un territorio, de un oficio convencional. Son, pues, nómadas territoriales y morales.

Sobre todo en las figuras del morisco, del gitano, del bandolero, del contrabandista, pueden seguirse el aprecio que despiertan ciertas formas gallardas de la marginalidad literaria. A través de los romances y coplas de cordel se exponen otros modelos de comportamiento posible, en los que estas figuras se convierten en portavoces imaginarios de una aventura vital caracterizada por el rechazo del orden de la fijación de los límites. Con ellos es posible adentrarse en lo desconocido y en su peregrinación transforman cualquier frontera en transitoria y en permeable. Sus algaradas, sus correrías, sus cabalgaduras no tienen por finalidad permanecer sino descubrir y abandonar. Se vive con riesgo pero ese riesgo abre múltiples posibilidades en su continuo desplazarse.

La frontera se desdibuja y pierde, gracias a ellos, su poder separador y excluyente, y la literatura cumple con una de sus funciones, la de colmar a través de lo imaginario, de lo simbólico, de lo inventado, una necesidad existente.